

La imagen de la sabiduría en los tetrámetros de Solón

Benjamín Gomollón

La sabiduría de Solón constituye en la Antigüedad un enunciado redundante en sí mismo. Solón recorre todos los caminos de la tradición precedido de un halo de sabiduría que le permite ser invocado siempre como si se tratara de una autoridad prácticamente indiscutible.

Desde las leyes áticas, que le eran atribuidas en bloque, a veces abusivamente¹, hasta las anécdotas biográficas —como aquella tan conocida en que Herodoto lo enfrenta a Creso²—, pasando por las valoraciones que merece a los ojos de los historiadores, su figura se agiganta progresivamente en el imaginario colectivo. Al comienzo, se trata de un personaje meramente ateniense, y de hecho nunca perderá el aspecto de héroe local que lo caracteriza desde un principio. Pero en seguida alcanzará una reputación panhelénica, que quedará sellada con su unánime inclusión en las listas de los Siete Sabios³, poco a poco ligadas a otro gran referente colectivo de los antiguos griegos, el Santuario Déléfco.

Sin embargo, habría que preguntarse si esa fama, tan generalizada, era ya merecedora de unánime aceptación por sus contemporáneos, al menos

1. Los testimonios sobre Solón están recogidos en A. MARTINA, *Solone, testimonianze sulla vita e l'opera*, Roma 1968 (abreviado M). Citaré en adelante según la numeración de esta edición. Para los fragmentos, daré la numeración de Br. GENTILI y C. PRATO, *Poetae Elegiaci: Testimonia et fragmenta*, Leipzig 1988 (abreviado G-P), así como la de M.L. WEST, *Lambi et elegi graeci ante Alexandrum cantati*, Oxford 1972 (abreviado W). Respecto de las leyes solonianas, cf. Test. 137-259 M.

2. Hdt. I 28-33. Cf. también Test. 71-95 M y bibliografía sobre el relato, *ibidem*, pp. 430-431.

3. Test. 100-112 M.

por los habitantes del Ática. Así parece indicarlo la elección de que fue objeto para desempeñar un papel protagónico en la política de su patria⁴. Pero no podemos olvidar que las fuentes son también coincidentes a la hora de recordar los graves enfrentamientos que mantuvo, tanto con nobles como con plebeyos, a raíz de sus reformas. Sus poemas dejan entrever, pues, continuamente una actitud a la defensiva, en una presentación de su propia persona que le obliga a mostrarse depositario de un saber que lo capacita para ejercer su cargo y lo destaca por encima de sus conciudadanos. Solón, al componer sus poemas de apología y explicación de las medidas políticas que adopta, no sólo prestigia las leyes, revistiéndolas de la apariencia solemne del metro dactílico, sino que además dibuja los contornos de su propia figura, forjada en el endurecedor crisol de la disputa política. Es el principal artífice de su prestigio de σοφός, término con el que se consagrará definitivamente en la tradición. Pero tratemos de arrojar siquiera un poco de luz sobre una palabra que, si a primera vista resulta de interpretación transparente, en seguida demuestra los peligros que encierra una precipitada hermenéutica, causa siempre de anacronismos involuntarios. Σοφός es, en efecto, término que no alude entre los griegos de época arcaica a una suerte de saber universal, que penetrara en la esencia última de la naturaleza, los dioses, la humanidad o los pueblos. Los lexicógrafos nos advierten que esta palabra designaba, desde Homero, un saber práctico y concreto, una destreza específica y no necesariamente de carácter intelectual⁵. Quizá pueda corresponder, en muchos contextos, a nuestro uso actual, *mutatis mutandis*, de eso que llamamos «competencia profesional». No quiero con esto, parece evidente, proponer una traducción plausible, ni mucho menos oficiar el viejo y siempre traicionero mester de trujimán. Al contrario: mi intención no es otra que tratar de plantear el problema en sus términos más estrictos, para no extraviarnos en lucubraciones baldías, tan tentadoras como inservibles.

Solón ha de ser, pues, al menos en origen, un personaje que se incorpora a la leyenda popular por una o varias actuaciones prácticas que lo consagran σοφός en su oficio, cualquiera que éste sea. Y en ello no debe diferir de ninguno de los comensales con los que agradablemente departirá en las páginas de Plutarco⁶. Y ¿cuál será esa actividad concreta, ese campo del quehacer humano en que Solón descuella? He aquí una cuestión

4. Arist., *Const. Ath.* 5-12.

5. Cf., por ejemplo, *Il.* XV 412; Hes. *Op.* 64: σεσοφισμένος, «ducho, diestro». Cf. LIDDELL-SCOTT, *A Greek-English Lexicon*, Oxford 1985 (reimpr.), s. v. Ya en Herodoto, rapsodos, poetas, músicos y adivinos se hacen acreedores a esta denominación; cf. J.E. POWELL, *A lexicon to Herodotus*, Cambridge 1938, s.v.

6. Plu. *Moralia* 146 C-164 D.

que merece observarse de cerca. En estas mismas páginas⁷ puede comprobarse cómo los filólogos porfían por abrirse camino, precisamente a través de la terminología, para aclarar el exacto valor semántico de αἰσυνέτης, no precisamente por mor de una descabellada pasión sofística que pretenda distinguir los aparentes sinónimos, sino, principalmente, por aclarar el perfil político real de Pítaco, frente a la presentación negativa de Alceo. Problema parecido se nos plantea ahora. Tenemos dos caminos, complementarios, para atacar esta cuestión: uno consiste en averiguar y perfilar los apelativos «profesionales» que Solón recibe de sus coetáneos, tanto antes de acceder a su especial magistratura, como en el desempeño de sus funciones. Otro, más difícil, pero también más sugestivo, consistirá en indagar cómo se presenta él mismo ante sus conciudadanos en sus poemas.

Ambas vías presentan notables obstáculos. En efecto, para oír las voces de los coetáneos de Solón tenemos que decidir qué extremos de nuestras fuentes son exactos y no han sufrido esa alteración, tan típica de la época helenística e imperial, que consiste en proyectar inconscientemente sobre el pasado los moldes del propio acontecer histórico. Me voy a limitar a seguir el camino que a mí se me antoja aún más intrincado: dar la palabra al propio Solón en el poema en que reproduce, en boca de sus censores, de manera excepcional, las críticas de que era objeto. Prescindiré, pues, de elegías y yambos, y me concentraré en los tetrámetros trocaicos, dirigidos, al menos parcialmente, a un tal Foco, del que nada más sabemos. Podemos conjeturar, incluso, que se trata de un interlocutor fingido, como quizá sea el caso del Cirno de Teognis.

Se trata de tres secciones de versos, que nos han sido transmitidas por dos fuentes diferentes. Dos de ellas las da Plutarco en su vida de Solón, mientras que la tercera la debemos a la *Constitución de Atenas*, atribuida comúnmente a Aristóteles o su escuela. Ya Wilamowitz propuso reunir las en un solo fragmento y ordenarlas de la manera que Diehl las recogió en su *Anthologia Lyrica*⁸. Vamos a seguir, pues, esta ordenación, a despecho de los más recientes editores, como Gentili-Prato⁹, que prefieren seguir el orden con que Plutarco cita dos de las secciones y no se pronuncian claramente sobre la pretendida unidad en un solo poema. Este es también el criterio de West¹⁰.

Sigamos, pues, a pesar de todo la ordenación tradicional, no porque defendamos que éste debía ser el orden, ni tan siquiera que todos los versos formaban parte de una misma composición. Simplemente por motivos prácticos expondremos estas reflexiones respetando tal estructu-

7. Cf. *supra*, el texto de Ferran Cortina.

8. Fr. 23 D.

9. Fr. 29 a y 29 b G-P.

10. Fr. 32, 33 y 34 W.

ra formal, que da un buen sentido continuado, a despecho de la falta de seguridad.

I.

Según cuenta Aristóteles, Solón decepcionó las esperanzas que en él habían depositado aristócratas y plebeyos, pues adoptó un partido que no contentó a nadie¹¹. La primera sección, en efecto, de los tetrámetros trocaicos reproduce las críticas de quienes además se mofaban de él por no haber aprovechado la ocasión de hacerse con la tiranía, ofrecida por los dioses:

No nació Solón de mente honda ni avisado,
 pues lo bueno que un dios le daba rechazólo;
 envolvió la presa y no cerró la gran red,
 con falta de coraje y de entendimiento juntamente.
 Pues quería ser dueño y señor, cobrar después
 riqueza sin cuento, tiranizar Atenas por un día,
 así le despellejaran luego y hecho un odre
 viera su linaje exterminado.

Llama la atención en seguida la forma de primera persona. Otorgar la palabra al rival, anónimo, le permite al poeta adueñarse del pensamiento ajeno, manipularlo y distribuirlo por los vericuetos de la dicción formular y las imágenes tradicionales. Crea de esta suerte un distanciamiento que después podrá hallar una equilibrada y simétrica réplica. Actúa como un consumado orador: recrea la crítica, la lleva a su extremo paródico, para elaborar, después, una imagen invertida, elemento a elemento, que le construirá y configurará su propia apariencia. Mas, dado el carácter fragmentario de nuestros textos, no podemos precisar siempre hasta qué punto Solón redondeaba la réplica.

Veamos los elementos de esa imagen en negativo que reproduce Solón de sí mismo. Se compara la actividad ejercida por Solón con una escena de caza. Ha sabido envolver la presa en una gran red, pero luego no ha sido capaz de cerrar la trampa y cobrar la pieza, que no es otra cosa que la tiranía. Toda la preparación cinegética que las críticas le atribuyen ha de ponerse en relación con determinadas anécdotas biográficas donde hacía uso el ateniense de la inteligencia artera propia de la caza, la μήτις de que ya se ha hablado suficientemente en términos generales¹². En efecto, la manera como Solón se presentó ante sus conciudadanos a la hora de aconsejar la toma de Salamina es uno de los episodios más característicos

11. *Const. Ath.* XI 2.

12. Cf. *supra*, el texto de Ferran Cortina.

de la vida que la tradición transmite del poeta. Había, en efecto, una ley que prohibía, so pena de muerte, suscitar el espinoso asunto de Salamina en la asamblea. Para eludir el castigo, Solón se finge loco, se encasqueta un *πιλίδιον* en la cabeza —tocado que caracteriza en los vasos siempre a Odiseo¹³—, y, subido a la tribuna del heraldo, «recita» la elegía Salamina, de la que conservamos algunos fragmentos¹⁴. Adopta, pues, diferentes estratagemas y ardides para hacerse inmune a la ley: es un heraldo, inviolable por tanto; un loco, a través del cual habla un *δαίμων*; y recita una elegía en vez de pronunciar un discurso¹⁵, con lo cual escapa a los términos estrictos de la ley. Triple coraza, pues, a la que se suma el tocado odiseico, cuyas connotaciones no podemos detenernos ahora a explorar sistemáticamente¹⁶. Todo ello confluye claramente dentro de un perfil de *μήτις* que parece estar en el fondo de las comparaciones peyorativas que los tetrámetros reproducen. Pero esa *μήτις* resulta para sus críticos baldía, pues Solón no acierta a culminar su carrera política haciéndose con el mando supremo. No cierra la red que arteramente escondía para adueñarse de riquezas y poder. Es, pues, un fracasado. Y se le acusa tanto de estolidez como de cobardía: resbala su entendimiento, pero también su coraje. De hecho, el primer verso ya recoge, negados, los adjetivos que sin duda mereció Solón para ser designado legislador y árbitro: *βαθύφρων και βουληεῖς*. Son dos términos especiales: ambos aparecen aquí por primera vez y uno de ellos es además un *hápax*. No parece, pues, descabellado imaginar que tales títulos bien pudieran ser la vitola de sabio que andábamos buscando y que Solón reivindicará más tarde *a contrario*. *Βαθύφρων* encuentra un curioso paralelo en *πολύφρων*, epíteto que es atribuido siempre a Odiseo en la épica, aunque entre los dioses también Hefesto sea merecedor de él en ocasiones¹⁷. Es, pues, una palabra marca-

13. Es un tocado propio de trabajadores, que lucen en la cerámica Hefesto, Caronte y Odiseo, curiosamente. Cf., por ejemplo, las ilustraciones 341, 344 y 347 de T.H. CARPENTER, *Art and Myth in Ancient Greece*, Londres 1981.

14. Tal es la versión de Plutarco (*Sol.* 8–10), Cf. también Diógenes Laercio I 46–48. Otros testimonios: 237–255 M.

15. Esta es la interpretación habitual del v. 2 del fr. 2 G-P (= 1 W): *κόσμον ἐπέων ἀντ' ἄγορῆς θέμενος*.

16. Debe tenerse en cuenta que más tarde la conquista de Salamina adquiere un perfil muy semejante a la *Dolonía* homérica, con travestismo incluido y la compañía de un joven cuya relación política con Solón siempre será motivo de disputa para los historiadores: Pisístrato. Según la cronología aristotélica, comúnmente aceptada, es imposible que ambos personajes hayan coincidido en su trayectoria, pero hay motivos para pensar que Aristóteles trata de eliminar de la vida de Solón todo vestigio de connivencia con la tiranía, ya que Solón pasaba por ser uno de los hitos en la fundación del sistema democrático ateniense mientras Pisístrato se había convertido en sinónimo del absolutismo antagónico al poder del pueblo. Cf. A. SANTONI, «Aristotele, Solone e l'Athenaion Politeia», *ASNP* 9/3, 1979, pp. 959–984.

17. Nuevo paralelo, pues, entre Hefesto, Odiseo y Solón. Sabido es que los dos primeros convergen en una cierta imagen de *μήτις* (cf. M. DETIENNE - P. VIDAL-NAQUET, *Las artimañas de la inteligencia:*

da probablemente por la idea de μήτις, la inteligencia que cuadra asimismo en una escena de caza como la que aparece.

Pero, avanzando más, el texto llega al punto que ha merecido una grave enmienda de Xilander, después aceptada por la gran mayoría de editores. Permítasenos, por un instante, demorarnos en la minucia filológica. La versión más común, que no corresponde con la que hemos dado más arriba, quedara más o menos como sigue:

«Bien hubiera yo consentido en ser desollado, convertido en odre y mi linaje exterminado, con tal de hacerme con grandes riquezas y tener por un día la tiranía de Atenas en mis manos».

Nosotros preferimos mantener el *textus receptus*. En efecto, los vituperios anteriores afirmaban que, si Solón no echó mano a la tiranía, fue por cobardía e impericia, no por austeridad. Tal es la crítica. Él en realidad, hubiera querido llegar a tirano, enriquecerse, así le costara, literalmente, el pellejo. Pero no se atrevió, temeroso de convertirse en el cazador cazado y verse tratado como una alimaña capturada en el bosque¹⁸.

Así cobra sentido esa inversión simétrica que convierte a Solón, el cazador frustrado, en hipotética presa, tras una efímera tiranía (que nunca ejerció). Preferimos, pues, la lectura ἔθειεν, donde Solón sigue siendo sujeto, a la corrección ἔθειλον, para nosotros arbitraria y perturbadora.

II.

Y efectivamente, además, la siguiente sección de tetrámetros, ya en la primera persona que transparenta al poeta, da los verdaderos motivos por los que él, no otro, renunció a asumir la tiranía, al tiempo que revela las ocultas intenciones de quienes le tachan de haberla codiciado. Leamos, pues, la segunda sección:

Si fui austero
con la tierra patria, y no me aferré
a la tiranía y la acerba violencia para mancilla
y oprobio de mi linaje, no me avergüenzo:
que así pienso sobrepujar a todos los hombres.

La metis en la Grecia Antigua, tr. esp., Madrid 1988, pp. 231-246 para Hefesto y 205-208, 218-220 para Odiseo) que Solón también usa, según hemos visto más arriba.

18. El desuello constituye una forma de ejecución practicada por los soberanos persas en ocasiones especiales, como atestigua Herodoto (V 25 y III 30-37; sobre los escitas, modelo también de barbarie, IV 62). Resulta sumamente salvaje para un griego, símbolo de conducta bárbara. Quizá nos hemos de referir a la imagen orientalizante que la tiranía como institución tiende a suscitar.

Solón, un individuo de procedencia media, ni patricio ni plebeyo, según Aristóteles¹⁹, desmonta la fama promovida por otros que él mismo ha reproducido. No se avergüenza de no haberse manchado las manos de tiranía y violencia cruel. Señala su prestigio, además, con el término plurivalente κλέος, que desde Homero designa, indistinta y simultáneamente, las proezas, la gloria que procuran y el relato que las ensalza, un triple nivel semántico que hay que tener presente, pues Solón está alabando su propio quehacer político en un poema propio: es el hombre de acción doblado de poeta, como fueran en la leyenda Aquiles u Odiseo.

Pero el tono es aún más desafiante, más enérgico: Solón se promete una victoria sobre todos los hombres, una νίκη. Sitúa, pues, su combate en la palestra del hoplita; transfiere el reto agonístico implícito en la escena bufa de caza al campo de batalla en que él solo, cual campeón homérico, triunfará de todos los demás. Se trata evidentemente de una superioridad que no está basada en el poder; ha de entenderse, por el contrario, que el ateniense la cifra en la sabiduría que demuestra, por ejemplo, al renunciar a la oportunidad de hacerse con la tiranía. Porque su σοφία es política, y está basada en el dominio de la ley que se promulga, no del caudillo ambicioso. En calidad de trofeo de tal victoria, de θεσσαυρός votivo que refunda a la comunidad y sus lazos mutuos quedan las leyes, erigidas en lugar preeminente y que se imponen a todos los hombres. En la mente surge, por otro lado, casi de inmediato, el recuerdo de Héctor, baluarte de su patria, que no elude el combate al invocar el αἰδώς, el mismo concepto sobre el que Solón asienta ahora su orgullo.

III.

Veamos, en definitiva, la tercera sección de los tetrámetros:

Mas quienes acudían a rapiñar con rica esperanza
creían todos ellos que alcanzarían gran prosperidad,
que yo, tras gorjeos de inocencia, mostraría rapaz talante.
Vanas conjeturas fueron, y ahora la pagan conmigo;
me miran de través como a enemigo sin razón.
Pues cumplí lo que anuncié con la ayuda de los dioses,
mas no obré a lo loco, ni me place proceder
con la violencia de un tirano, ni que tengan igual parte
de fértil tierra patria buenos que malos.

No parece sino que la relación y la continuidad que defendía Wilamowitz, con su fino olfato, es acertada. Resulta indiscutible, sí, que bien pueden

19. *Const. Ath.* V 3.

haber incidido distintos poemas en los mismos temas, pero la intimidad que muestran nuestros fragmentos hace más que plausible el leerlos juntos, al menos si no aparece razón de peso que lo impida. Citado éste último por Aristóteles²⁰, expande el movimiento diseñado en las primeras secciones. Se delatan las ocultas maquinaciones de quienes aspiraban a rapiñar sin medida y consideraban a Solón una buena tapadera para ir tirando, una especie de *uir bonus* que después se sumaría al festín de corruptelas y cohechos. Es la honestidad, la verdadera σοφία que lo caracteriza, no la impericia ni la cobardía, lo que mueve a Solón a abandonar el poder una vez cumplida su labor legislativa. Sin embargo, las interesadas críticas y chanzas que se suscitan se suman a ese mirar torvo «como a enemigo» que Solón ha de sufrir²¹. De nuevo, una imagen bélica que enaltece la victoria moral de Solón, al tiempo que destaca, por contraste con la realidad, el éxito pacificador que implícitamente se apunta. Solón además actúa con la ayuda divina, en oposición al reproche del primer verso en el sentido de que fue un dios quien le puso en bandeja la tiranía.

La sabiduría de Solón es, pues, un saber práctico y político, que le permite compararse al hoplita, al guerrero que defiende la ciudad moldeado en la imagen tradicional de Héctor. Bien es cierto que había sabido hacer uso de la μήτις cuando se hacía imprescindible. Pero, al legislar sus normas, Solón alza su escudo infranqueable frente a tirios y troyanos, aunque también se revuelva, como lobo entre perros²², para frustrar la monería que en su persona y su prestigio pretendía cebarse interesadamente. Obtiene, de este modo, victoria. El saber que Solón ostenta en los tetrámetros es el negativo de la μήτις, del golpe audaz con que el tirano se adueña de la ciudad. Solón rehúye ahora, para refundar la πόλις, las artimañas que Pítaco no despreciaba, al decir de Alceo, para hacerse con el poder y conservarlo, ardidés de los que él mismo había hecho uso cuando las circunstancias así lo aconsejaban. Porque Solón no combate propiamente, aunque se valga de tan prestigioso símil para oponerle a la imagen que él mismo desmonta. En realidad, se limita a equilibrar la ciudad, a ejercer de διαλλακτής y arconte, apelativos con que Aristóteles describe su elección, apaciguador de la στάσις.

Y ese saber práctico que le hace comparable al hoplita anónimo en su defensa de la ciudad, ¿en qué aspecto se manifiesta y concreta de cara a la comunidad? Precisamente en sus poemas, donde, como veíamos, se funden el poeta que otorga κλέος, el héroe que salva a la ciudad y la proeza monumental que ha de perdurar siempre: las leyes inviolables e inmuta-

20. *Ibidem*, XII 3.

21. Cf. el discurso fúnebre de Pericles (Thuc. II 37), donde se alude a este pasaje: los atenienses han hecho ya suyo el respeto a la discrepancia como un valor más de raigambre soloniana.

22. 30, v. 27 G-P (= 36 W y 24 D).

bles. Es allí donde Solón nos da la quintaesencia de su ser y su saber, donde hace balance y apología de su vida pública, donde rememora su capacidad de comprender una situación política. Son las obras de Solón, también las elegíacas y yámbicas, por supuesto, la piedra de toque en que se aquilata ante sus conciudadanos la σοφία del legislador, nombre tradicional, νομοθέτης (o θεσμοθέτης, como lo designa un epitafio de la Antología Palatina —VII 86— que reúne los hechos de Salamina con su función definidora en cuanto σοφός), que competirá en la tradición con el de σοφός para designarlo y que concreta, a no dudar, el oficio político que el ateniense ejerce, a despecho de una escala de valores arcaica que contribuye a modernizar.